



LA FALANGE Y LA BURGUESÍA

JOSÉ BUGEDA

Para aclarar ideas digamos, lo primero, que damos, en todo este artículo, al término burguesía la significación de “todo lo que no es proletariado”. Es decir, la acepción que usa Marx. Dejemos a un lado el que haya o no otras más exactas —que sí las hay— porque lo que intentamos es sólo que se entienda claramente lo que hemos de decir.

Desde el primer momento la Falange tiene que enfrentarse, respecto a la burguesía, con una curiosa contradicción. Aparece como un decidido movimiento antiburgués, que, sin embargo, está formado casi exclusivamente por burgueses. Creo que en esta contradicción está la clave de toda la historia de la Falange y estudiarla a fondo significa poner de manifiesto la más apasionante lección histórica de todos los tiempos modernos.

Desde los orígenes de las JONS hay una preocupación latente en las mentes de los hombres que las crean y dirigen: es preciso incorporarse al proletariado, evitar que el movimiento sea un movimiento burgués. Estaba claro en la conciencia de todos los fundadores el peligro de que lo que nacía no acertase a evitar un encasillamiento que acabara apartándolo definitivamente de las masas trabajadoras españolas.

Esta incorporación del proletariado, soñada y deseada, no llegó nunca a tener lugar, a pesar de haber estado muy cerca en algunas ocasiones. La atracción del naciente movimiento sobre las organizaciones sindicales del momento fue, sin embargo, como es sabido, poderosa. Hubo, sin embargo, siempre acontecimientos que impidieron la incorporación en los momentos decisivos, acontecimientos en que su mayor parte fueron inevitables e impuestos por las circunstancias. Fueron verdaderos pasos atrás que encasillaron a la Falange, cada vez más, y contra la voluntad de sus mandos, entre los partidos burgueses.

La fusión de FE con JONS fue en cierto modo la primera de esas coyunturas. No cabe dudar del origen burgués, incluso del sentido derechista de la primitiva Falange Española. Si exceptuamos la aportación de la persona de José Antonio, el resto del bagaje de FE no se prestaba a gran cosa a incorporaciones proletarias. Los hombres que acompañaban a José Antonio a las JONS nunca acabaron de asimilar por completo el sesgo social de la organización jonsista. De ello se derivó la primera dificultad para que el movimiento incorporase a sus filas de modo decisivo al proletariado. Y ello a pesar de que José Antonio y sobre todo Ramiro Ledesma abrieron, antes que nada, una bandera sindical.

Posteriormente, el desarrollo de los acontecimientos en España no dio tiempo a la Falange para desprenderse

de su lastre burgués, y su definitiva e inevitable alineación entre fuerzas burguesas iba a consumir la tendencia. Más aún, los hombres antiburgueses de la Falange —el primero José Antonio, cuya inteligencia privilegiada había permitido el salto de la Comedia al Cine Madrid— fueron cayendo y por un designio fatal permanecieron aquellos menos aptos para empalmar con una vena proletaria. Las cosas iban siendo más difíciles al transcurrir el tiempo. Estos eran los frutos negativos de la contradicción.

Ello significó principalmente una evolución radical del signo revolucionario. En realidad significaba el aplazamiento de todo intento revolucionario hasta la aparición de otra generación nueva, con todo lo que de azaroso pudiera tener este aplazamiento, como cualquier intento de dejar para el futuro cuestiones trascendentales para un pueblo.

En primer lugar no era posible basar una misión revolucionaria en el sector burgués ni en el que la Falange calaba más hondamente: la clase media. La clase media no posee valores revolucionarios ni es capaz de ser cuna u origen de una revolución. Las revoluciones las hacen los proletarios o las hacen los capitalistas, y la Historia lo demuestra de modo suficiente. Cuando se intenta dar sentido revolucionario a las clases medias —los fascismos— la revolución se desvirtúa y el fracaso es inevitable. Cuando la segunda guerra mundial barrió los fascismos del mundo, éstos estaban ya fracasados revolucionariamente, al haber perdido con el tiempo su soporte proletario y se habían convertido en meros regímenes de autoridad personal. Desaparecidos sus hombres excepcionales no quedó de ellos nada. Entonces se vio claro que no habían logrado nunca una transformación radical de la sociedad, objetivo de cualquier revolución. Al alinearse al lado de la burguesía, al confiar en la precaria clase media española, la Falange se embarcaba en el mismo riesgo.

Conviene considerar lo que puede ser el futuro. Sería lamentable que la generación falangista nueva se dejase embarcar en estériles preocupaciones por formas externas, descuidando la fundamental misión de ofrecer a España la única ocasión revolucionaria que resta en el futuro. Para ello es urgente comenzar el proceso de *desburguesación*. No hay mucho tiempo para ello. Todo lo que hemos venido oyendo en los últimos tiempos sobre la excelsitud de las clases medias es morfina arrojada consciente o inconscientemente para adormecer el ímpetu revolucionario de la juventud. La única verdad es que la sola posibilidad revolucionaria del futuro tiene signo proletario. Si la Falange no acierta a servir ese signo incorporándose a él, otros lo harán y tanto peor para España. Hoy existe en nuestro país un proletariado muy superior en valores morales y políticos al que nunca haya podido encontrarse. Un proletariado moderno para una gran política nacional. La burguesía intentará una vez más salvaguardar su supremacía cortando los puentes que pueden llevar a la juventud falangista a esos trabajadores, que tienen en sus manos todo el futuro. La aproximación no será fácil. Es preciso hacerla con una dosis inagotable de sinceridad y hasta de humildad. Sólo lo pueden hacer ya “los que tienen, aún, los ojos bien claros y las frentes bien limpias”.

Los nuevos jóvenes deben meditarlo.

[Marzo. *Órgano de expresión nacionalsindicalista*, núm. 4, Madrid, julio de 1958, pág. 5]

